

y esta primera impresion de sorpresa mui pronto se disipa. Pero que el Oriente empiece á ennegrecerse poco á poco y se oculte por fin bajo nubes sombrías, que el sol desaparezca; que el huracán levante torbellinos de polvo, que el relámpago brille, la atmósfera se inflame y que el rayo estalle luego despedezando dos nubes que se abren sobre vuestra cabeza; y quedaréis consternados, y vuestra alma preparada ya por graduales emociones á la explosion del trueno, sentirá entónces con mayor viveza los fuertes sacudimientos de estas prolongadas vibraciones. Lo mismo sucede en la elocuencia: es necesario por una multitud de ideas previas y accesorias disponer los espíritus á participar de todos los trasportes de espanto ó de confianza, de piedad ó de indignacion, de amor ó aborrecimiento de que actualmente nos sintamos poseidos." ¹

CAPÍTULO DÉCIMO.

DE LA PROGRESION DEL PLAN EN CUANTO Á LA ECONOMÍA ARTÍSTICA DE LA COMPOSICION.

Ya hemos dicho, hablando de las composiciones oratorias en general, que todas ellas constan de cuatro partes; conviene á saber: *exordio*, *proposicion*, *confirmacion* y *peroracion*: hemos indicado las reglas á que cada una de estas partes está sujeta. Veámos ahora lo que puede observarse acerca de ellas, tratándose de la oratoria sagrada, porque aunque esta debe conformarse con las reglas comunes de todas las composiciones oratorias, tambien debe recibir aquella perfeccion propia y característica de su género. Hagamos pues estas observaciones, discurriendo en particular sobre cada una de las partes indicadas.

§ I.

DEL EXORDIO.

El orador cristiano tiene la ventaja de contar con la disposicion excelente del pueblo fiel, y en consecuencia nada ó mui poco necesita para hacerse benévolo. Dígase lo que se quiera, los fieles se apresuran á ocupar el sagrado recinto, cuando la Iglesia los invita para que oigan la palabra de Dios; y el orador sagrado, cuyos caracteres están

¹ MAURY. Essai sur l'éloquence de la chaire.

afirmados en la creencia de los pueblos y le concilian su respeto y veneracion, no está en el caso del orador profano, el cual ha menester de allanarse los caminos, destruyendo las preveniciones, venciendo los obstáculos y ganando en cierto modo las pasiones, para lograr un buen éxito en su discurso. Lo mismo respectivamente debe decirse de la docilidad, á lo ménos de aquella que nace de una disposicion favorable á la persona del orador. Lo mas importante pues en el caso, es interesar la atencion, y dar al discurso un buen punto de partida.

Para lo primero, el orador ha menester de anunciar su asunto de una manera mui precisa, mui apropiada y mui dominante sobre la parte moral de su auditorio. El exordio no es mas que la entrada al asunto, como le llamaba Ciceron: por consiguiente, es preciso procurar que este ingreso sea natural y expedito. Para lo primero se requiere una noble sencillez, para lo segundo una grande precision. No debe el predicador ocupar su exordio en amplificaciones, henchirle, por decirlo así, de conceptos gastados y lugares comunes sino apresurarse lo posible, sin perjuicio de la naturalidad, á la indicacion del asunto, lo cual viene á ser el término del exordio.

En cuanto á la segunda mira que el orador debe proponerse en el exordio, dirémos que se halla en el caso de hacer brillar en él los pensamientos dominantes con tal orden y tanta luz, que desde luego el auditorio vea dilatarse á su vista un horizonte espacioso y bello que deba recorrer con el orador: es necesario que principios luminosos sábiamente colocados en el exordio estén anunciando ya los importantes resultados de las meditaciones profundas. De esta suerte el orador y el auditorio se identifican desde el exordio mismo, y marchan á igual paso por la carrera de la elocuencia.

§ II.

DE LA PROPOSICION.

No basta exponer el asunto; es preciso caracterizarle para darle un carácter propio; circunscribirle, para darle una marcha fija; y definirle, para evitar los efectos de la oscuridad y confusion. "Esta precaucion, dice Maury, es necesaria, sobre todo cuando se trata de asuntos abstractos como la providencia, la verdad, la conciencia: porque el orador puede estar seguro de perderse en las especulaciones

vagas, si no procura desde luego fijar su pensamiento por medio de nociones precisas."

No quiere decir esto que todo se ha de concretar, ni mucho ménos que se ha de procurar en la proposicion misma producir esos golpes morales que hemos llamado movimientos oratorios; pero sí, que debe procurarse dar á las ideas aquella claridad indispensable y aquel interes que se requiere, para que el auditorio comprenda y estime como es debido el pensamiento que se va á desenvolver. Para esto no hai mas reglas que el estudio, la meditacion, el ejercicio y la lectura de los grandes maestros; porque estos enseñan con sus ejemplos incomparablemente mas que los retóricos con sus reglas.

§ III.

DE LA CONFIRMACION.

Aquí es donde las grandes ideas del orador van teniendo ese triple desarrollo de la idea, del estilo y del sentimiento, que ya se separan, ya caminan paralelos, ya se mezclan y confunden para producir los grandes movimientos en el corazón. Esta propagacion de las ideas en la confirmacion del discurso es lo que requiere mas talento y arte, lo que forma la piedra de toque y el crisol en que se han probado siempre los grandes maestros de la elocuencia. "Este bello arte de formar el tejido del estilo, dice el autor citado, y de progresar incesantemente sobre la misma linea trazada por el hilo de las concepciones sucesivas, es lo que da rapidez al discurso, nervio á la elocuencia, gracia á las transiciones, y todo el interes del diálogo mas atractivo á un monólogo continuo pero siempre variado; y lo que finalmente liga como en un solo ramillete las reflexiones privadas de conexion y trascendencia que se verian desfallecer sin movimiento y sin vida, si apareciesen incoherentes ó aisladas. El progreso que sostiene la marcha de cada periodo, es la imagen natural de los vuelos ó impulsos que deben animar de un extremo á otro las composiciones oratorias; y por lo mismo solo á los pensamientos vastos y fecundos es dado producir un escritor elocuente."

"Las frases incisivas, las ideas accesorias, las comparaciones descriptivas, las definiciones ingeniosas, el prurito de herir la atencion, de sorprender á cada palabra; en fin, el lujo del espíritu, léjos de enriquecer al orador, le detienen en su marcha, le llenan de trabas y empobrecen. Debe por

lo mismo evitar aquel, como los escollos mas peligrosos de su talento, esas salesillas seductoras que laxan su impetuosidad y entibian su ardor; y en consecuencia cortar sin lástima, y arrojar de sus producciones ese monton de flores que sofocan la elocuencia en lugar de embellecerla, y precipitarse con fuerza, y no con esas convulsiones de simple retórico, á su asunto principal, sin lamentarse nunca de esos sacrificios aparentes que haya de ir haciendo en su camino. ¿Qué otra cosa es la elocuencia, decia Ciceron, sino el continuo movimiento del alma? Si el auditorio siempre se encuentra en el mismo lugar; si se percibe de la prolijidad de la aplicacion, la redundancia de las ideas, el pleonismo de las enumeraciones, en fin, el juego de la frase, en vez de admirar con trasporte al vehemente orador, se reduce á escuchar sin interes á un declamador florido."

Estas juiciosas observaciones prueban concluyentemente que nada perjudica tanto á la propagacion del asunto, bajo los aspectos del arte, como el arte mismo cuando se exagera hasta el punto de buscar en él no la forma de la composicion, sino la fuente misma del interes, el principio del movimiento y el estro sublime de la elocuencia. El orador cristiano puede salvarse de todos estos escollos, con solo precipitarse en su asunto directamente inspirado de su caridad, movido por su zelo y regido por su moral. San Pablo nada dejó que decir á los retóricos en materia de propagacion de ideas sobre asuntos sagrados; desde que se anunció elocuente en la palabra del cielo, elocuente en el zelo del Apóstol, triunfante en el movimiento de la caridad inspirada por la cruz, y no en las estudiadas frases y precarias persuasiones de la elocuencia humana.

§ IV.

DE LA PERORACION.

En la elocuencia profana el riguroso epilogo, que consiste en la sucinta recapitulacion de las pruebas, es siempre conveniente y á veces necesario; mas en la oratoria sagrada, principalmente cuando se trata no de solo enseñar, sino precisamente de persuadir y mover, es preferible al mas lógico epilogo una oportuna y vehemente peroracion. El orador sagrado, cuando usa del conveniente método y la debida sobriedad en el desarrollo de sus pruebas, no concluye su discurso sin verle ya recapitulado, digamoslo así, en el corazón de su auditorio. Poseedor de los dogmas y de la

conciencia moral, no ha menester sino de la marcha regular del pensamiento oratorio para darle por sí en sus aplicaciones individuales una forma definitiva y una recapitulación práctica. He aquí porqué su situación moral está pidiendo sentimientos y no ratiocinios, inspiraciones y no pruebas, estímulos y no luz. Pues bien, todo esto se consigue situando en la última parte del discurso un gran sentimiento, una idea práctica, un movimiento decisivo en las vacilaciones postreras de una conciencia muy agitada.

Basta pues al orador aludir muy ligeramente á sus pruebas, ménos para recapitarlas que para abrirse un camino á los últimos afectos; y moverlos de hecho por una vehemente peroración. Así lo han hecho los grandes maestros, principalmente Massillon, ya insistiendo en la idea dominante con toda la emoción del zelo, ya parafraseando algún texto de la Santa Escritura ó algún salmo de David, pues que las inspiraciones del Profeta son un minero inagotable de sentimientos y de afectos, y un excelente preparativo para las grandes crisis del corazón. Léanse con cuidado sus sermones, y se hallarán reunidos el ejemplo y la regla; porque oradores de tan elevada gerarquía tienen el derecho de figurar como modelos y como maestros.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

CONCLUSION.

Hemos dicho ya lo que nos parece mas indispensable sobre el asunto de un discurso sagrado, el plan y sus varios desarrollos, sin propasarnos á otros muchos pormenores como los retratos, los cumplimientos, las transiciones, los rasgos sorprendentes, &c. &c.; porque esto lo dan mas la observación y el ejercicio guiados por el talento, que la retórica. Tampoco hablamos particularmente de la unción del predicador, porque ella es una consecuencia precisa de las cualidades que en él se requieren para el desempeño digno de su alta misión. En efecto, cuando esta existe, el orador es apto, humilde, apostólico, caritativo y edificante en su vida; y no sube á la cátedra del Espíritu Santo sino con el fin que debe proponerse en todo un enviado del cielo, el de salvar con la palabra de vida eterna á los hombres: entonces su palabra tiene una fuerza irresistible, su presencia un atractivo eminentemente moral. Antes que despliegue sus

labios, el auditorio se recoge en su presencia, y parece que no espera sino una sola palabra para ceder á las indicaciones de sus deseos, á los impulsos nobles de su voluntad. Dando pues aquí por terminadas nuestras observaciones acerca de la elocuencia sagrada en general, pasemos á tratar de sus géneros diversos.

ARTÍCULO SEXTO.

DE LOS VARIOS GÉNEROS QUE COMPRENDE LA ORATORIA SAGRADA.

Nada mas natural cuando se trata de clasificar una cosa, que seguir escrupulosamente la marcha de las ideas; y en el punto que nos ocupa, lo que se presenta como mas fácil y seguro es observar la sabiduría que distingue la conducta de la Iglesia á fin de propagar las luces de la fe, rectificar las costumbres y promover la bienaventuranza de sus hijos.

No nos olvidamos de aquellos grandes y extraordinarios sucesos en que la Providencia parece haber hecho ostentación de su poder de un modo singular y milagroso, invirtiendo el orden natural de las cosas y llegando al espíritu por el camino de la sensibilidad; sabemos que un golpe dado en el corazón empieza y consume en un instante indivisible la obra del entendimiento, que un Agustino comenzó por ser creyente y acabó por ser Santo, y Pablo se vió instantáneamente entre los adoradores de la cruz. Pero no es este el orden común, y hablando de las reglas, no son las excepciones sino lo general la materia del que discurre. Para convertir al hombre, primero debe hablarse á su entendimiento, despues á su corazón; primero se ilustra su espíritu, despues se inflama la imaginación ó se despierta la sensibilidad; primero es mostrar lo verdadero y lo justo, despues obligar á los hombres á que sigan la verdad ó practiquen la justicia.

Cada uno de estos objetos admite á su vez una cierta variedad de formas que conviene dar á conocer. Se instruye, ya dando un curso seguido de lecciones en forma de discurso sobre la doctrina cristiana, ya tocando algún punto particular, ya comentando algún lugar, ó pasaje, ó lección de la Santa Escritura, ya, finalmente, haciendo el catecismo al pueblo.

En cuanto al convencimiento, sea cual fuere el efecto que se trate de producir, la forma es casi siempre la misma. A